

Nº 632

1

Junio

2022

Miércoles



Hasta en el fútbol

Emilio Álvarez Frías

Aprovechando el partido de fútbol celebrado el pasado domingo en París entre el Real Madrid y el Liverpool para que, quien obtuviera la victoria, se convirtiera en ganador de la Champions League –o Liga de Campeones de la UEFA, 2021-2022–, no viene mal nos ocupemos un ratito de este deporte, asombrosamente tan de masas, que mueve a miles de personas de un país a otro mostrando orgullosos la entrada al campo donde ha de celebrarse el encuentro, aunque al día siguiente digan a los amigos que no pueden leer este o aquel libro porque es muy caro y nos les llega el sueldo para ello.

No pretendo hablar de fútbol, porque no tengo ni pajolera idea como quizá ya he dicho en más de una ocasión. Ni cuando fui joven me inquietó en absoluto. Ahora, cuando juega el Real Madrid o España, me animo a ir cambiando la programación que estoy siguiendo en la tele para ver cómo va el partido. De ahí no paso. Mas en esta ocasión le presté un poco más de atención y pude



apreciar que se ha convertido en un deporte no exento de bestialidad. Creo recordar que en otros tiempos no era tan salvaje, los jugadores intentaban hacerse con el balón y conservarlo por procedimientos menos brutales que pude ver el domingo.

En este partido pude ver como unos jugadores se tiraban sobre otros para quitarle el balón, se agarraban brutalmente, se ponían zancadillas, se pisaban los pies para evitar que siguieran corriendo. A veces más parecía que jugaban un partido de «rugbi» o de «balón americano». Y lo que más me extrañaba es que el árbitro no decía ni pío en esas embestidas inmisericordes. Creyendo –y no es por echar agua más limpia a mi tiesto– que en este tipo de «jugadas» eran más proclives los ingleses que los españoles.

Me pregunto si la permisividad en la violencia está autorizada, figura en el reglamento, se ha ido imponiendo con el paso del tiempo y la falta de ecuanimidad es pan comido, si aquí de lo que se trata es de ganar a costa de lo que sea. Porque, en mi tiempo, si no recuerdo mal, todo eso estaba penado con falta y, dentro de lo que cabe, era un juego entre caballeros. Y para redon-

dearlo, nada más pertinente que complementar el comentario con la participación de las huestes de inmigrantes en las afueras del estadio que machacaron con alevosía a españoles e ingleses, robándoles lo que pudieron e intentaron entrar en el recinto asaltando las verjas.

Como no puede ser de otra forma, la moraleja me lleva a pensar que la violencia se ha impuesto en todos los estamentos, en todos los aspectos de la vida, en la sociedad entera, en la familia, en el colegio, entre hombres y mujeres... Y así nos encontramos con lo que frecuentemente nos dicen los medios de comunicación respecto a que se han producido este o el otro asesinato, que hay bandas de jóvenes que tienen el asesinato como obligado dentro de su vademécum, hombres que matan a sus mujeres sabe Dios porqué, mujeres que asesinan a sus maridos por similares razones, seguidores de un equipo de fútbol que va a un partido casi con la exclusiva intención de enfrentarse violentamente con los partidarios del equipo contrario, políticos que insultan a otros políticos porque no piensan lo mismo que ellos, defensores a palos de la democracia que ellos subvierten continuamente, ataques sanguinarios en



los centros de enseñanza de unos jóvenes a otros sin otro motivo que colgarlo en las redes sociales, violencia entre los sexos, pandillas de violadores que son capaces de llevar a la muerte a la persona violada, padres que maltratan a los hijos, madres que se convierten en esclavas de unos varones bestiales, matrimonios que se rompen por el

egoísmo exacerbado de uno o el otro después de prometerse amor eterno, o tras «juntarse» porque no pueden vivir si diariamente no dan satisfacción a los cuerpos, atracos y robos cada día por todo el país, ocupación de pisos y edificios en los que viven en ellos como puercos además de destrozar todo el contenido de los mismos y hasta las instalaciones fijas, el infernal abuso de droga,... es tal la variedad que no resulta fácil intentar completar una relación al efecto. A la que habría que agregar los cientos de suicidios que origina cada año toda esa baraúnda, y la participación de una población incontrolada de extranjeros infiltrada en toda la sociedad española, cuya intervención en tales actos cuida mucho el gobierno de poner de manifiesto.

¿Por qué hemos llegado a este extremo? ¿Por qué hemos perdido los valores que nos indicaban por dónde debería ir nuestro transcurso por la vida y cómo tenía que ser el respeto de unos a otros? Solo un análisis sosegado nos podría dar la razón de ese desmadre en el que vive la sociedad actual; solo la recuperación de los principios con los que fuimos lanzados a la vida, únicamente el retorno del convencimiento de que hemos venido a ser buena gente y desear el amor a nuestros contemporáneos nos dará la felicidad.

Abogamos por el bien de todos los seres que nos acompañan en el devenir de la vida, incluso el de los futbolistas. Aunque, si se empeñan en comportarse como animales durante el tiempo que están sobre el césped, allá ellos, que para eso ganan fortunas increíbles. Pero mucho tienen que reflexionar todos los mortales, de



ambos sexos, sin andarse con zarandajas «de género» ya que toda esta marabunta lleva más tiempo del recomendable pendiendo sobre nosotros, y es llegado el momento de darse cuenta de que la vida es hermosa, que estamos aquí para disfrutarla mientras hacemos el camino hacia al fin al que irremediablemente estamos destinados. Mientras, hoy, nos acompaña un botijo francamente original, del que, como de costumbre, desconocemos su origen, aunque lo hemos encontrado brujuleando por Mojácar, localidad almeriense que conviene visitar.

* * *

Sexualidad pervertida

Manuel Parra Celaya

Evoco con cierta nostalgia aquellas películas de Manuel Summers que ahora serían imposibles: «*Del rosa al amarillo*» y «*Adiós, cigüeña, adiós*», ambas separadas entre sí por unos diez años. En su día, llegaron a escandalizar a algunos *bien pensantes* y, actualmente, serían objeto de burla y de rotundo rechazo.

¿Cómo compaginar el humor fino, la ternura y el tacto exquisito con que el cineasta enfocaba el despertar del amor y de la sexualidad en la pubertad con la cruda y aberrante realidad actual de violaciones en masa, cuyas víctimas y agresores son a veces apenas adolescentes? ¿Cómo podía hoy tener éxito el



enfoque de Summers cuando los *supuestos* violadores son recibidos con aplausos al salir de los juzgados?

Sabemos que no ha sido solo una triste anécdota, sino que los casos van ocupando las informaciones periodísticas día tras día. Y ello nos obliga a reflexionar sobre muchas cosas que se relacionan con el tema entendiendo de antemano que los comentarios al respecto no siempre van a caber dentro de la *corrección política* impuesta a los medios.

Por supuesto, no vamos a caer en la vulgar tentación de culpabilizar a las actuales tecnología de la comunicación; hagamos mención, eso sí, de su uso indiscriminado, extemporáneo y sin control alguno por parte de niños y adolescentes, objetivo preferente de lo que en las series policíacas llaman *depredadores*. La figura de unos padres *ausentes* y a los que de *ordinario* no se les espera suele ser el origen del problema; claro que, en caso contrario, no tardarían en ser tachados de *autoritarios* y *despóticos*, si hacemos caso de las pedagogías al uso, de estirpe roussioniana.

Centrémonos, de entrada, en el pansexualismo que nos invade por doquier, no solo a través del lucrativo negocio de la pornografía, sino presente y explícita en películas, anuncios y revistas; tampoco caigamos en la mojigatería, pues siempre ha existido (¿quién no escondía páginas dobladas de un *Play*

Boy en un libro de Matemáticas?), pero su alcance actual supera todos los momentos del pasado; decía Rafael García Serrano que *la democracia nos ha llegado al bajvientre*.

Ese pansexualismo interfiere y sobrecarga el natural despertar de jóvenes y adolescentes a la sexualidad, confunde los límites claros entre erotismo y pornografía y propicia situaciones psicológicas a menudo enfermizas. No es, ni mucho menos, que los niños de ahora sean *más despiertos y menos ñoños* que los de antaño, sino que el impacto de la propaganda del sexo actúa sobre ellos despiadadamente y puede malformar ese lógico despertar de sus inquietudes.

Añadamos a esta evidencia social otra, ya convertida en lugar común sin que pierda su validez: el vacío de valores; citemos, por orden de prioridad en este caso, los morales, los religiosos, los puramente humanos. En cuanto a lo primero, estamos lejos de una utópica ética universal, y, por el contrario, sí prevalece un total relativismo, en el que se confunden lo bueno de lo malo, lo que es lícito y no lo que lo es, porque siempre privará, desde esta óptica, el placer personal; en lo segundo, no entendamos solamente aquella visión negativa del pecado (solo referido al sexto mandamiento en la mayoría de los casos), sino la dimensión profunda y trascendente del ser humano, de su sexualidad y, especialmente, el concepto del amor, hoy reducido a una pura dimensión

biológica; y ello nos lleva al tercer aspecto, el puramente humano, que es inconcebible sin tener en cuenta el valor *del otro*, en el que se debe respetar en su dignidad y en su libertad.



No nos recatemos de mencionar un factor estrictamente político: las ideologías, antropologías y supuestas éticas *oficiales e indiscutibles* se centran preferentemente en la recluta de *adeptos* entre las aulas; la pretendida *información sexual* incluida en los planes de enseñanza prescinde de la relación intrínseca entre sexualidad y amor, por lo que nuestros niños y adolescentes reciben un punto de vista sesgado, cuando, en todo caso, precisarían de una auténtica *formación* y no meras instrucciones de cómo colocar un preservativo y cómo acudir a la farmacia para comprar la *píldora del día siguiente*. Nos llegan informaciones sobre *lo último* en este sentido: en los niveles más infantiles, se habla de «*educación afectivo-sexual*», y en otros se insiste en «*coeducación e igualdad de género*»; se incluye una «*orientación educativa desde la perspectiva de género*» y en «*el papel de las familias para promover la educación no sexista*»; en orden a la prevención, esta se circunscribe a «*la violencia machista y LGTB fóbica*». Todo un programa ideológico.

Si unimos a todos estos factores el de la marginalidad en algunos casos, tendremos un cuadro casi completo para explicar la atrocidad de las *manadas* adolescentes de violadores y la, a veces poco analizada, conducta de sus víctimas.

Si unimos a todos estos factores el de la marginalidad en algunos casos, tendremos un cuadro casi completo para explicar la atrocidad de las *manadas* adolescentes de violadores y la, a veces poco analizada, conducta de sus víctimas.

La tontería del «*solo el sí es sí*» no soluciona absolutamente nada; como tampoco la legalización del aborto a los 16 años sin contar con las familias; en este último caso, se añade el asesinato del inocente a la estupidez o a la perversidad sociales.

Pensemos, también, que todo esto está ocurriendo en un marco político que se caracteriza por un *puritanismo progresista*, que puede competir con ventaja con aquel tonto puritanismo de quienes se escandalizaban ante las películas de Manuel Summers.

* * *

La ley de Murphy

La ley de Sánchez sería entonces una ley de Murphy bis. Y acaso, por egocentrismo, a él le haría feliz

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

La ley de Murphy fue enunciada por Edward A. Murphy, un ingeniero aeroespacial y militar estadounidense, a mediados del siglo pasado. Entre las versiones de su inicio la más repetida es que ante un error de su asistente en la instalación de un cableado, Murphy le dijo: «Si existe una forma de que usted cometa un error, lo hará», que suele resumirse: «Si algo malo puede pasar, pasará». Tiene su aplicación en la política, su gestión y sus gestores.

España, claro, ha tenido ministros buenos, regulares, malos y pésimos. Por no



irnos más lejos, para un escudriñador del siglo XIX, como lo soy yo, el reinado de Isabel II tuvo ejemplos para todos los gustos. En una de las numerosas intrigas del Rey consorte, Francisco de Asís aupó al ministerio de Justicia a un abogado de provincias por el mero hecho de acudir a la tertulia de un amigo de su camarilla que, enterado y recuperado su espa-

dón por Narváez, pasó de la ilusión del cargo al destierro. Espartero tampoco era fácil de manipular y sus gobiernos fueron –o parecieron ser– más transformadores. Con Alfonso XII fue distinto por la influencia de Cánovas y su turismo con Sagasta.

Ya al final del primer cuarto del siglo XX, Alfonso XIII cayó en manos del general Primo de Rivera –«mi Mussolini»– y en esa trampa se perdió. Dos ministros de la Monarquía, Romanones y Alcalá-Zamora, éste pasado al republicanismo, firmaron en la consulta de un médico, Marañón, el certificado de defunción de la Monarquía y el acceso a la Segunda República, que inmediatamente cayó en algunos errores graves. Por su radicalismo y su incoherencia, se caracterizó por los enfrentamientos, la violencia y el extremismo, pese a que contó con ministros de valía. Con el Frente Popular en el poder y pronto con la guerra civil iniciada, el Gobierno formalmente republicano actuaba a

las órdenes de la Komintern bajo la batuta de Stalin. Esto no lo leeremos en los manuales de la llamada «memoria democrática» que hoy está integrada en un ministerio, el de Félix Bolaños: ministro de Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática. Una aportación española al listado de ministerios de nuestros aliados europeos. «Si algo malo puede pasar, pasará».

El Frente Popular en la etapa de Largo Caballero, el Lenin español, contó con una amalgama de ministros entre los que por primera vez se incluían anarquistas que, por su ideología, eran enemigos de cualquier organización de Estado. Acaso el ejemplo más curioso sea Juan García Oliver, camarero con-



vertido en ministro de Justicia en noviembre de 1936, fundador de Los Solidarios, un grupo armado que se autodefinía como «los mejores terroristas de la clase trabajadora». Perseguido por asesinatos y atracos, huyó de España y regresó en 1931. El ministro García Oliver se ocupó de que fueran destruidos los expedientes penales en el archivo de su Ministerio. También se conservaban en ins-

tancias judiciales pero él lo ignoraba.

Durante el régimen de Franco los ministros eran profesionales cualificados. Se recuerda el caso singular de Julio Rodríguez Martínez, ministro de Educación y Ciencia en 1973, el del jocosamente llamado calendario juliano, que según se dijo fue nombrado porque Carrero malinterpretó el deseo de Franco, que le habló de nombrar a «ese granadino rector de la Autónoma». Se refería a Luis Sánchez Agesta, también granadino y también rector de la Autónoma antes que el nombrado. En su mandato, que no llegó al año, hizo algunas sandeces y cometió excentricidades pero su formación no era dudosa: catedrático de Cristalografía y Mineralogía.

En el periodo de la Transición, Suárez contó con un Gobierno al que se llamó «de los PNN» por la bisoñez de muchos de sus ministros, pero dieron buen juego en momentos muy difíciles. Felipe González llegó a la presidencia del Gobierno sin experiencia de gestión pero sus equipos respondieron con seriedad y dedicación. Contó con el ingenioso apoyo de Guerra. Aznar llamó a varios políticos avezados en el periodo de la Transición y lanzó al ruedo a otros que no metieron la pata. No supo responder a la repetida falsedad de que España envió tropas a la guerra de Irak, cuando lo cierto es que llegaron después de declarar la ONU su final. Y tras Aznar llegó Zapatero con incorporaciones penosas como Bibiana Aído y Leire Pajín. La mediocridad, o algo peor, ulularon en el Consejo de Ministros. Aído y Pajín acumularon tales disparates y declaraciones tan risibles que no hace falta recordarlos. Rajoy se caracterizó por su prudencia, que no pocos tildaron y tildan de lejanía de la realidad. Triunfó en la economía pero con una mayoría absoluta no hincó el diente a temas que hubiesen podido edulcorar el futuro, como su prometida derogación de la Ley de Memoria Histórica. «Si algo malo puede pasar, pasará».

Y aquí tenemos a Pedro Sánchez, Antonio, en traducción internacional, la quintaesencia de la ley de Murphy en política. Con Podemos en el Consejo de



Ministros se incorporó a la salsa gubernamental un sinfín de naderías, incoherencias, muestras de demagogia barata patentizando así su mediocridad y su falta de recursos dialécticos más allá del insulto. Personajes como las ministras Alegría, Belarra, Rodríguez, las dos Montero (sobre todo Irene, pero María Jesús no le va a la zaga), y el ministro Gar-

zón y sus ocurrencias cada vez más absurdas, evidencian lo que ya sabemos. Incluso noto a Calviño últimamente nerviosa y desmadrada, tan modosita que parecía.

Sus excelencias podemitas no han sudado la camiseta, su vida laboral anterior es prácticamente nula. Pero eso no les lleva a la humildad, sino a producir las afirmaciones más chocantes (incluso en sus bocas) y a evidenciar su deseo de mantener los sillones y los sueldos por encima de la coherencia y, sobre todo, de la verdad.

Como «si algo malo puede pasar, pasará», no me extrañaría que, de tener ocasión, Sánchez acoja en el Consejo de Ministros a representantes de Bildu. Sería la segunda edición de aquel ministro, Juan García Oliver, el de Los Solidarios, «tan buenos terroristas», del Gobierno del Frente Popular. La ley de Sánchez sería entonces una ley de Murphy bis. Y acaso, por egocentrismo, a él le haría feliz.

* * *

Aquella maldita guerra

Enrique del Pino

Sería una equivocación pensar que la proliferación de plumas, que no son pocas, que desde un tiempo a esta parte se ocupan de denostar a los comunistas y socialistas que tienen cogido el mando en España, por una simple veleidad deportiva. No es así. Leo con frecuencia artículos firmados



por personas que no conozco y sé de aquellas cuyo pensamiento deriva en opiniones distintas a las mías. Además, trato con algunas que dan a sus palabras esos tintes apasionados que, naturalmente, escapan a toda conversación que se precie. Pero es norma universal que toda expresión intelectual, por el hecho de serlo, requiere el mínimo res-

peto. Por eso el bagaje adquirido respecto de lo que llamamos Comunismo y Socialismo, asimilado de buena fe y admirado por algunos con el paso de los años, reclama atención. No está dicho ni escrito que pensar que una sociedad

se articule en torno a la idea de una comunidad de bienes y que un Estado organice la convivencia general con arreglo a ciertas premisas de igualdad y fraternidad sea cosa mala, y mucho menos perversa. Tampoco que la gente, la gente corriente y partícipe de un sistema de valores donde esos extremos queden cercanos, el Estado sea gestor de ello y los bolsillos de los elegidos sean poco menos que de cristal. Debo decirlo, a fuer de ser justo, dado que soy una de esas personas que zahieren un día sí y otro también a los abanderados de esas creencias. Naturalmente me he preguntado por qué.

¿Por qué nos pasa esto a nosotros? Comunistas y Socialistas los hay en todas partes y, dejando a un lado los primeros, porque provienen de covachas oscuras en tiempos tenebrosos, han sido incorporados de una forma u otra a los



esquemas políticos vigentes. La fortuna ha sonreído a los socialistas, que desde el final de la II Guerra supieron adaptarse a las conveniencias del momento. El resultado fue que una Europa que quería formarse con ímpetus renovadores comenzó a andar con razonables perspectivas, al punto de hacer posible que los nuevos Estados fueran poseyendo ciertos valo-

res, viables para períodos de larga duración. Esto pasó en casi todos los países de nuestro continente, después de la devastación. Hoy podemos presumir de casi 80 años de convivencia en paz, quiero decir sin tanques por las calles. Huelga decir que no pretendo entrar en lo que ocurre en Ucrania, que merecerá un artículo aparte. Me ciño a las naciones que conforman el mosaico permanente, entre las cuales estamos los españoles. Si esto es así, que puede serlo con las debidas reservas de cuatro décadas de gobierno unipersonal de una sola persona, ¿por qué nos pasa esto a nosotros? ¿Por qué a los comunistas y socialistas españoles les sacude esa extraña enfermedad que los hace distintos a los que van por esos mundos defendiendo sus ideas, en buena parte de los casos sin traspasar las lindes de la decencia?

Cuesta admitirlo, pero se quiera o no la mente se me va a episodios terribles, de pronto hará un siglo. Fue entonces cuando España se partió en dos mitades. Fue el momento histórico en que una parte se avino a dar carta de naturaleza al Ser que nos había iluminado durante siglos y la otra parte se entregó a la ceremonia de la que llamaban la Revolución. Quien quiera entenderlo que lo entienda, pero si de un lado unos entendían que España albergaba en su seno valores en cierto modo permanentes del otro se les daba protagonismo a las fórmulas llegadas de fuera, por cierto, por entonces confusas e innovadoras que habrían de traer la muerte a millones de personas en el ámbito europeo. Entre estos últimos se encontraban los socialistas y comunistas de nuevo cuño, y con ellos los residuos separatistas, anarquistas y pistoleros, todos en conjunción dispuestos a crear situaciones que se ignoraba hasta dónde podían llegar. Ambos bandos amaban a España. Cada uno a su manera, pero los dos eran españoles. Se vieron en las calles, en los almacenes, en las juergas y en las mil diversiones de entonces, pero en todos latía el fantasma de la guerra civil. Y esta llegó.

Todas las guerras son malas. Es un acontecimiento enfermizo de los pueblos, pero las que llamamos más o menos familiarmente civiles dejan huellas indelebles. Por lo menos a largo plazo. ¿Quién se acuerda de las que hubo en este país a finales del xv entre los de la Beltraneja y doña Isabel? Eso es ya historia. Pero de las recientes se conserva la memoria. Todavía en los EE. UU. se perciben los efectos de la que tuvieron el Norte y el Sur. Y así con otras. Es la maldición que va incurra en la pelea entre hermanos. Nosotros padecemos ese mal. Tenía mala pinta y en 1978 se intentó arreglarlo, pero fracasó. Hubo como un acuerdo, sí, pero entre esas costuras iban prendidos los resabios enconados de los que «perdieron» en aquellos negros años. Fue como si dijeran: «Ahora os vais a enterar». Pues sí. Un señor de cejas en ángulo y otro de zancadas de mastodonte se han encargado de reverdecer los furros de aquella maldita guerra.

Solo que flota en el ambiente que esta pesadilla toca a su fin. En la Europa que queremos es necesario que desaparezcan no los socialistas y comunistas del cuento sino el odio que les consume. De ahí que quien les escribe les hable de estas cosas. Es como una obligación. Mejor diría, como una voz silenciosa que vaga por ciertas revistas del ramo, para quien quiera dedicar unos minutos a hablar en comandita.

* * *

Resilientes e ignorantes, pero felices

Costillares (*El Manifiesto*)

Si el uso reglado de la propaganda en una dictadura está al orden del día y es enormemente criticado por las democracias, más peligro entraña su uso en un gobierno de las mismas, ya que su fin último es la despersonalización del individuo y su transformación en informe masa. Seres insensibles, sin crítica ni capacitación lógica. En los regímenes autoritarios, el terror actúa como herramienta al servicio del poder. En las soberanías mal llamadas populares y liberales, la doma, el sometimiento y la humillación se consiguen a través de una propaganda calculada que tiene por objeto manipular la psique humana. ¿Recuerdan al perro de Pavlov? En grados de estrés continuado, animales y personas transigen con mayor facilidad que en situaciones que podríamos considerar normales. En otras palabras, nos la están metiendo doblada, y sin anestesia, aprovechando una crisis tras otra –Covid, hiperinflación, guerra de Rusia– y pretendiendo hacernos partícipes de sus errores a la par que desvían la atención del individuo hacia situaciones que, aunque lejanas, entroncan rápidamente con nuestras mentes y corazoncitos. Claro está que no siempre puede uno tirar de lo que sucede allende la Madre Patria y es necesario que el cambio social sea endógeno.



¿Qué medio utilizar para ello? La herramienta más sencilla y poderosa para cambiar el mundo: la educación.

La enésima ley educativa formará –impondrá– a las futuras generaciones en el estilo y doctrina de quienes redactan y defienden otra de tantas locuras, la irracional LOMLOE, siglas de Ley Orgánica de Modificación de la Ley Orgánica de la Educación –para ellos–, pero que bien podría traducirse como Ley (Des)Organizada y Malhecha para Lerdos, Obtusos y Estultos –para quien, como el que esto escribe, vea el disparate de la misma–. El porqué de esta vesania está clara. Si educamos en libertad, las élites dejarán de tener el rebaño a su merced, se acabará su gran chollo de manipulación masiva, por lo que el camino fácil es una educación calculada, politizada y carente de cualquier pensamiento crítico. Titulados ignorantes, pero felices. Y sometidos a un grado tal de estrés –personal y profesional– que les impida salir del redil.

En líneas generales, la nueva ley aboga en la necesidad de propiciar el aprendizaje



competencial, autónomo, significativo y reflexivo en todas la materias, integradas en ámbitos y sin olvidar la inculcación de sus valores a través de las mismas. Sólo se permiten dos repeticiones en secundaria y bachillerato, que se producirán única y exclusivamente con carácter extraordinario, ya que el alumno podrá promocionar y, por tanto,

titular en la educación obligatoria con más de dos asignaturas suspensas si cuenta con el beneplácito de dos tercios de un profesorado cada día más ape-sebrado.

Dentro del disparate, la Historia sale muy mal parada. Uno –ignorante, qué duda cabe– pensaba que el estudio de la disciplina de Herodoto nos ayudaba, mediante el estudio del pasado, a comprender el presente para así poder construir un mejor futuro. Por supuesto, atendiendo a la multicausalidad de los procesos históricos mediante un estudio objetivo de todo tipo de fuentes, huyendo de la parcialidad y el sesgo históricos. Pues bien, leyendo el decreto que regula los contenidos de la nueva Historia, uno se da cuenta de lo erróneo en su concepción, ya que ésta tiene, como pilares básicos, la búsqueda del conocimiento y respeto del mundo que nos rodea, el ejercicio de la ciudadanía y, por supuesto, la orientación –enchiqueramiento– de nuestro comportamiento cívico. ¿Hacia dónde? ¡Vayan ustedes a saber! Una historia que basa su actuación en el presente para garantizar la sostenibilidad del planeta y de la humanidad en el futuro, que estudia la realidad tergiversada, manipulada y mangoneada por ppsoe. Un aprendizaje en el que el alumno puede asumir sus derechos (¿dónde quedan las responsabilidades?) y que haga hincapié en la valoración crítica de los hechos y acontecimientos pasados al tiempo que elimina la filosofía como asignatura obligatoria y se da peso a otras como Formación del Espíritu Nacional. ¡Ay, que me he equivocado, ustedes perdonen!, que la denominación es otra: Educación en Valores Éticos y Cívicos. A su vez, define el pensamiento histórico como el proceso en el que se crean

narrativas sobre el pasado. Y uno pensando que la Historia se estudia, o al menos se intenta estudiar, tal como fue, y no debe ser creada. Por último, y para no alargar tremenda burrada, el mortero que une esta demasia es... ¡la resiliencia! Concepto que, visto en el contexto del que hablamos, es sinónimo de resistencia y oposición, pero no hacia la adversidad, sino contra el esfuerzo, mérito y trabajo para llegar a un único fin: el tan ansiado título del analfabetismo funcional, la necesidad y la incompetencia.

* * *

La ingeniería social de Sánchez y Montero

No puede ser que al funesto legado económico de Sánchez se le añada un despropósito legislativo destinado a reformular la propia esencia del ser humano a base de leyes e indultos criminales

El Debate

El escandaloso indulto a María Sevilla, la presidenta de la siniestra asociación Infancia Libre, que secuestró y maltrató a su propio hijo para alejarlo de su padre tras acusarlo en falso de abusos sexuales, corona la desquiciante visión que el Gobierno tiene de la igualdad, la familia y la relación entre hombres y mujeres, sintetizado en la inconstitucional ley del «solo sí es sí», que derriba la presunción de inocencia en el hombre y no salvará a las mujeres de los delincuentes sexuales de siempre.

Perdonar a una delincuente que no se arrepiente es una desgracia; y elevarla a categoría de heroína con el título de «madre protectora», como ha hecho la ministra Irene Montero, un peligro público: supone legalizar el delito más abyecto si lo comete una madre y abandonar a las víctimas, aunque sean menores de edad indefensos, en nombre de una realidad paralela ajena a las garantías legales e impulsada por un delirio ideológico sectario.



El caso de María Sevilla, como el de Juana Rivas, no es una dolorosa excepción, sino la concreción de un proyecto de ingeniería social sustentado en imponer legalmente la terrible concepción que el Gobierno tiene de las relaciones y del propio ser humano, como un combate de sexos que criminaliza al hombre por serlo y victimiza a la mujer por serlo también y consagra la presunción de culpabilidad al primero y la de impunidad a la segunda. Algo evidente en la Ley de Garantías de Libertad Sexual, que invierte la carga de prueba, legaliza la presunción de culpabilidad al hombre y no protege mejor a las víctimas potenciales de peligros reales.

La causa de la igualdad no solo estaba perfectamente protegida en el ordenamiento jurídico español antes del infeliz advenimiento del Ministerio que dice

representarla; sino que forma parte del ideario sentimental, personal y cultural de la sociedad española, sustentada en lazos individuales y colectivos de valores sólidos donde no cabe el abuso.

Presentar como enemigos a hombres y mujeres, por las desgraciadas ocasiones en que algún representante de ambos géneros comete una tropelía, ataca a los cimientos de la convivencia y atiende, en exclusiva, al abyecto deseo de hacer de ello un burdo negocio económico y político.

España sufre problemas muy severos que exigen de los poderes públicos una agenda de prioridades firme, clara y práctica en la que este Gobierno viene fracasando con reiterada ineficacia. Tapar esa evidencia con leyes y decisiones absurdas e inhumanas no engaña ya a nadie, pero deja un poso insoporrible que algún día deberá cambiarse.

Porque no puede ser que al funesto legado económico de Sánchez se le añada un despropósito legislativo destinado a reformular la propia esencia del ser humano a base de leyes de eutanasia, aborto, cambio de sexo o consentimiento sexual. Ni tampoco con indultos incitadores al crimen.

* * *

París ya nunca será una fiesta: la delincuencia de Saint Denis y la hipocresía de la política

Los actos de delincuencia sufridos por aficionados ingleses y españoles en los alrededores del Stade de France han disparado una nueva polémica política a sólo dos semanas de las elecciones generales

Luis Rivas (*Vozpópuli*)

Los actos de delincuencia sufridos por aficionados ingleses y españoles en torno al estadio de Saint Denis avergüenzan a muchos franceses y han disparado una nueva polémica política a dos semanas de las elecciones generales. «Saint Denis no es París, créame, a usted no le gustaría estar en Saint Denis». El exjugador del Arsenal y del Barça, Thierry Henry, intentaba explicar sin entrar en muchos detalles a periodistas norteamericanos lo que representa en Francia el barrio-ciudad que acogió al estadio donde se celebró la final de la «Champions».

Henry daba a entender lo que muchos franceses piensan, pero no se atreven a decir: Saint Denis es una de las zonas de Francia con más delincuencia y donde muchos franceses de origen árabe, especialmente las mujeres, se sienten menos libres que en sus países de origen.

La amarga experiencia vivida el sábado por aficionados españoles e ingleses, aterrorizados, robados y agredidos por bandas de delincuentes locales, era algo previsible para cualquiera que viva en este país y conozca la realidad más allá de la visita turística a la capital. Se puede culpar a la UEFA, a la Federación Francesa de Fútbol, o a los hooligans británicos, como osó hacer el



Ministro francés del Interior, Gerald Darmanin, es un ejemplo de hipocresía desvergonzada, pero es la Prefectura de París, responsable de la policía, quien conoce el terreno y otros «acontecimientos» similares protagonizados por grupos de vándalos organizados y bien informados del trazado que deben seguir los visitantes antes de llegar al estadio.

Entre los testimonios recogidos en las redes sociales, que siempre hay que tomar con mucha cautela, llama la atención el del conocido emprendedor argentino afincado en España, Martín Varsavsky: «Los aficionados del Liverpool y del Real Madrid estábamos todos juntos contra bandas de personas que nos atacaban y nos robaban. La policía no sabía cómo defender a la gente. Un policía nos dijo, “soy árabe y me muero de vergüenza de lo que está pasando”. Los atacantes eran árabes», subrayaba el creador de Jazztel, Viatel, FON y otras empresas, que acudió a la final acompañado de sus dos hijos.

Racismo antieuropeo

Varsavsky se vio obligado a justificarse al manifestar que, como inmigrante, siempre apoyó la inmigración, para recalcar que lo vivido en París fue un horror: «Cientos de parisinos africanos atacando a los fans, riéndose de nosotros al vernos en pánico. “Era racismo contra los europeos”».

Una experiencia de este tipo vale más que cien citas de sociología urbana de las que estamos acostumbrados a recibir los residentes en este país de la parte de expertos que, o bien viven en los cada vez más reducidos barrios donde la delincuencia no impone la ley, o bien prefieren esconder la realidad para no ser considerados miembros de la «fachosphère».

Las palabras de Thierry Henry y el tsunami de informaciones en las redes -



con imágenes no traficadas- hicieron reaccionar al alcalde de Saint Denis, Mathieu Hanotin, miembro del Partido Socialista y encantado de integrar a su formación política en la plataforma de la izquierda radical creada por Jean-Luc Melenchón. En un largo texto, Hanotin respondía al exjugador de origen antillano que, efectivamente, Saint Denis no era París, pues en su localidad el índice de pobreza en una de las más altas de Francia y la inseguridad es una lacra a la que «no hemos podido poner freno».

Hanotin, que, por cierto, lleva 15 años como alcalde de Saint Denis, informaba también de que en su localidad conviven 150 nacionalidades diferentes y cuya población en un 50% tiene menos de treinta años.

Todo muy bello, pero es ese retrato el que demuestra el fracaso del comunismo en Francia. Toda la buena voluntad de políticos y asociaciones de todo tipo –chiringuitos subvencionados incluidos– choca contra una realidad que no por intentar ocultar deja de existir. Que la inmensa mayoría de las bandas

de delinquentes que asolan hoy las ciudades francesas están formadas por descendientes de inmigrantes magrebíes y africanos en general es una realidad estadística y visual. Denunciar como «fachas» a los que muestran esa realidad produce el efecto contrario de lo que muchos intentan frenar, el voto a la derecha radical representada por Eric Zemmour o Marine Le Pen.

Emmanuel Macron, «desaparecido» desde su victoria en las presidenciales, nunca ha mostrado especial sensibilidad por las cuestiones de delincuencia y su relación con la inmigración. Para su reconducido ministro del Interior, Gerald Darmanin (tránsfuga del «sarkozismo») los acontecimientos del sábado en las calles y entorno al estadio de Saint Denis fueron causados por británicos llegados sin billete para la final de la Champions. Ni una palabra sobre los ataques a los turistas deportivos; ni una palabra sobre las bandas de delinquentes locales.

No conviene levantar la liebre electoral de la inseguridad y la violencia a menos de dos semanas de las legislativas, en las que el partido del presidente Macron, «Renacimiento», debe obtener la mayoría de los 577 diputados para poder aprobar las leyes prometidas y hacer frente a la crisis económica nacional e internacional.

De la «petite Espagne» a la ciudad del crimen

La «reconquista» prometida por Macron de los barrios donde el islam político y la delincuencia campa para desesperación de los habitantes que no tienen los medios de habitar en «zona liberada», es, de momento, un fracaso y los ataques en Saint Denis son un perfecto ejemplo.

Algunas voces en defensa de los inmigrantes recuerdan que el barrio de Saint Denis acogió desde primeros del siglo XX a la «Petite Espagne», el embrión de una comunidad de emigrantes españoles que, hasta hoy, han dejado huella en una parte de la ciudad. Pero comparar a esos inmigrantes con la nueva inmigración en Francia es desviar el tiro de la solidaridad. La composición étnica –conocida pero silenciada– de la población en



las cárceles francesas es una prueba evidente. Para los recalcitrantes «inmigracionistas» habrá que recordar que es una minoría la que enfanga la imagen de toda una comunidad de ciudadanos integrados o con intención de asimilarse a la sociedad francesa.

Nadie debería extrañarse de que el que puede huye de los barrios «sensibles», como eufemísticamente se designa a «los territorios perdidos para la República». Se calcula que, «en Saint Denis, en cuya catedral duermen los restos de 43 reyes y 32 reinas de Francia, malviven entre 150.000 y 300.000 inmigrantes ilegales». «Un barrio explosivo, el departamento más criminógeno de Francia», como señalaba ya en 2011 el policía Christophe D. en su diario, *Un poli de banlieue*.

Ahí sufrieron españoles e ingleses la desidia de las autoridades políticas francesas, ante la habitual desesperación de los policías, conscientes del peligro que se avecinaba con motivo del evento.

Saint Denis puede que no sea París, pero nadie fuera de Francia hace la diferencia y, menos, cuando la delincuencia y el abandono que sufre la capital francesa llena páginas en la prensa y libros desde que la socialista Anne Hidalgo (Notre Drame de París, o Gengis Anne) se hiciera con la administración de la Ciudad Luz en 2014, en coalición con verdes y comunistas.

París y Saint Denis acogerán los Juegos Olímpicos y Paralímpicos de 2024 y el mundial de rugby de 2023. A la vista de lo vivido y visto el sábado pasado, muchos visitantes se pensarán más de dos veces asistir a las competiciones. Los delincuentes tendrán su plan preparado antes que los políticos. Eso, sin duda. París ya no es, ni será –a este paso- ya nunca una fiesta. Habrá que conformarse con el recuerdo de lo escrito por Hemingway, Cortázar o Vila-Matas, entre muchos otros.

* * *